

jóvenes de su personalidad y de su saber; no del acceso—o del asalto—a los puestos directivos.

Quizá la lección más importante que nos dejó la vida de Don Marcelino es la del respeto que debemos al saber juvenil.

Este que estamos tejiendo es, implícitamente, un homenaje a la juventud intelectual. Si se piensa que «La Ciencia Española» fué escrita a los 22 años; que D. Marcelino comenzó a publicar los «Heterodoxos» a los 24; y la «Historia de las Ideas Estéticas» a los 27, hay que convenir en que la contrarrevolución española está viviendo estética e históricamente desde hace 70 años de la obra de un mozo excepcional, pero de un mozo.

Es también la advertencia de que la juventud tiene derecho a todos los homenajes y a todos los respetos con sólo dos condiciones: que tenga talento y que sea honesta y seriamente trabajadora.

No es éste en cambio un homenaje al éxito. D. Marcelino—diría con notoria exactitud Maeztu—estaba derrotado, porque había dedicado la vida a arrancar a España de las garras de la revolución, y ésta se propagaba en torno suyo, por todos los departamentos del Estado, para minar y corroer lo que aún quedase de espíritu tradicional. D. Marcelino había vivido entre sus muertos, sin poderse dedicar al cuidado de formar generaciones de discípulos que continuasen su labor. De cuando en cuando se escuchaba la protesta del polígrafo, que volvía a sumirse en sus infolios después de formularla.

A pesar de todo, no se sentía D. Marcelino enteramente pesimista. También nosotros vimos un rayo de luz en medio de las tinieblas que nos rodeaban, y tembló en nuestros corazones el temor de que pudiera extinguirse totalmente.

Ni los centenares de artículos, ni la abundante colección de hojas clandestinas, ni la agitación conspiratoria, nada escasa ni reposada, tuvieron tanta parte en la preparación de la Cruzada, como el repertorio de ideas y de conceptos que nos había dejado D. Marcelino. Si ahora promueven menos entusiasmos e ilusiones entre los hermanos menores, y ya también los hijos, de los que un día fueron a morir por la España que él había dado a conocer, tenemos nosotros el deber de estudiar y de entender este proceso con ojos bien abiertos y con honestidad histórica.

Vosotros habéis dado un paso más. Conscientes de vuestra responsabilidad, que es la de todos nosotros, volvéis a convocar enérgicamente a vuestros jóvenes en torno a Menéndez Pelayo. Que Dios bendiga vuestra empresa.



¡NUESTROS CLASICOS

S O N E T O S

I

*Tiempo, adorada, fué cuando abrasado
De fuego de tus cumbres celestiales,
Osé mi honesta fe, mis dulces males
Cantar sin miedo en verso regalado...*

*¡Qué de veces en lágrimas bañado
Me halló el alba besando tus umbrales,
O la lóbrega noche, siempre iguales
Mi ciego anhelo y tu desdén helado!*

*Pasó aquel tiempo, mas la viva llama,
De mi fiel pecho inextinguible dura,
y hablar no puedo aunque morir me ceo.*

*Huyo, y muy más mi corazón se inflama;
Juro olvidarte, y crece mi ternura,
Y siempre a la razón vence el desen.*

II

*De tus doradas hebras, mi señora,
Amor formó los lazos para asirme;
De tus lindos hojuelos, para herirme,
Las flechas y la llama abrasadora.*

*Tu dulce boca, que el carmín colora,
Su púrpura le dió para rendirme;*

Tus manos, si al encanto quise huirme,
Nieve que en fuego se me vuelve ahora.

Tu voz sūave, tu desdén fingido
Y el albo seno, do el placer se anida,
Pábulo añaden al ardor primero.

Amor con tales armas me ba rendido;
¡Ay armas celestiales! ¡Ay mi vida!
Yo soy, yo quiero ser tu prisionero.

III

Tímido corzo, de crūel acero
El regalado pecho traspasado,
Ya el seno de la hierba emponzoñado,
Por demás huye del veloz montero;

En vano busca el agua y el ligero
Guerpo revuelve hacia el doliente lado;
Cayó y se agita, y lanza congojado
La vida en un bramido lastimero.

Así la flecha al corazón clavada,
Huyó en vano la muerte, revolviendo
El ánima a mil partes dolorida,

Crece el veneno, y de la sangre helada
Se va el herido corazón cubriendo
Y el fin se llega de mi triste vida.

Juan MELENDEZ VALDES

Cantando a Extremadura ⁽¹⁾

(Extremadura sentida desde el "Castillo en el aire" del alma)

CIELO y TIERRA

CASTILLO

Se alza el monte durísimo en índice de piedra,
castillo que señala la vieja Extremadura.
en el suelo se enreda en una amarga hiedra
y eterniza en el aire su historia y su aventura,

Los ángeles se encienden de azul y van subiendo
para ensanchar el cielo y ahondar en el abismo,
para llevar más alto mi corazón latiendo,
para volar miradas en ansias de bautismo.

Debajo está la tierra, ancha tierra extremeña,
dilatando su pecho en inmenso suspiro,
tiene puesto su traje de campo, de estameña,
de franciscana sangre que en el alma respiro.

Cielo y tierra: paisaje. Mi corazón mendiga
el surco del otoño como grano de trigo,
quiero quedarme toda esta enorme fatiga
en el milagro hermoso de morirme contigo.

OLIVAR

Cuánto tiempo retuerce el tronco del olivo,
veinte siglos calienta su ceniza cernida,
con raíz abrazada a la tierra y motivo
como abraza la muerte a lo que fué la vida.

Aun la luna hace un cáliz que la noche desata,
aun la huella de angustia con la que yo me visto
y la luz de unas manos como rayos de plata
y amarguras de sombras que recuerdan a Cristo.

(1) Este bello poema, debido a la inspiración de nuestro querido colaborador, D. Jesús Delgado Valhondo, obtuvo la Flor natural en los Juegos Florales de Badajoz de 1956.